

- no me hagas Chimeras,  
si quieres ser aceto cual esperas.
- 20 I trata los Amores  
como amores, las armas con braveza,  
los celos con temores,  
las penas con tristeza,  
las sañas con bocablos de aspereza.
- 21 Vsa de lengua pura,  
d'estilo facil, suelto, i elegante,  
huye la ligadura  
del raro consonante  
si el (1) verso haze escabroso, u arrogante.
- 22 Di lisa y sueltamente  
lo que quieres dezir, qu'este no es vicio,  
que bien verá el prudente  
que usa este ejercicio,  
qu'es cuidado, i no falta de artificio.
- 23 Con todo esto, yo entiendo  
que conmigo estuvieras mas seguro,  
que no irte ofreciendq  
assi al peligro duro,  
pues conoces el bien que te procuro.
- 24 Que si hay odio enemigo  
contra mi, por qu'el Nombre mio concluya,  
no pudiendo conmigo,  
bolverá la ira suya  
a ti, que vas sin mi, a que te destruya.
- 25 I aunque muestre su ira  
en ti, i no por ti, mas por ser mio,  
resonará tu Lira  
de nuestro Hesperio rio  
al Hydaspes, i del al Istro frio.

Lund, Suecia, 29 de Septiembre de 1898.

(1) Antes había escrito *sel*, y luego sobrepuso una *t*.

## PÍCAROS Y GANAPANES

Humilde es el sujeto, humilde el modo.

(*La vida del pícaro.*)

Una de las mayores glorias literarias de España, y acaso, ó sin acaso, la más duradera, es la de haber hallado con la novela la verdadera forma de la epopeya de la vida humana. Si es lícito juzgar del valor de las obras por la influencia que hayan ejercido sobre la literatura del mundo, ya que de las españolas sólo la novela ha dejado una huella imborrable, á ella corresponde el puesto preferente en la historia de la literatura española.

Y en diciendo novela, no se debe pensar, en primer lugar, en la inimitada é inimitable obra de Cervantes, sino en la novela picaresca, que también «se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitación,» como que se inspiró en la miseria y el desengaño de la realidad de la vida.

Dejando para otra ocasión el estudio detenido de los múltiples problemas históricos y literarios que se relacionan con la novela picaresca, voy á exponer los datos que he podido reunir acerca del *pícaro* que le dió nombre, y tengo la convicción de que, una vez llamada la atención de los impertérritos rebuscadores de papeles viejos sobre las dificultades con que he tropezado, ellos se animarán á dar cumplida solución á cuanto todavía queda por dilucidar.

Porque si bien cuantos han escrito sobre la novela en general, ó más particularmente sobre la española ó la picaresca, con unanimidad reconocen el mérito de esta clase de novela y su influencia sobre las demás, no sólo falta

un estudio sobre el pícaro (1), sino que tampoco los diccionarios dan la definición exacta de esta palabra, ni mucho menos se sabe su etimología. Y como quiera que el único método que tal vez daría á conocer el origen del nombre tiene que basarse sobre datos históricos, habrá que aducir citas escalonadas por sus fechas para no errar el camino. Mis observaciones, pues, no tendrán nada de ameno ni de festivo, á lo cual el asunto tanto se prestaría; con ingénita seriedad båtava iré ensartando mis apuntes, y de éstos, para no apurar la paciencia de quienes me leyeren, sólo los que más directamente hacen al caso, advirtiéndole que por despojar quedan no pocos libros de los siglos XVI y XVII, que sin duda hubieran arrojado luz sobre más de un punto obscuro.

No sin razón se ha querido considerar (2) á la «obra realmente innominada» del Arcipreste de Hita como precursora de la novela picaresca española. Conocido es el retrato que hace de un pícaro, que diríamos ahora, de sus tiempos:

«Tomé por mandadero un rapás trainél,  
Huron habia por nombre, apostado donçel,  
Si non por quatorçe cosas nunca ví mejor que él.  
Era mintroso, bebdo, ladron e mesturero,

(1) En 1896 se publicó en Bruselas, con el apetitoso título *Le cerveau picaresque*, un libro del P. Delattre; pero esta obra no es sino una crítica de los escritos de un tal Picard, antisemita. Igual desengaño sufrimos con el libro, digámoslo así, *L'Espagne picaresque* (París, Charles, 1897), su autor Edouard Diaz, nombre que, á juzgar por los dislates que cuenta, bien podría ser seudónimo del afamado «Profesor Fórnax.»

(2) José Giles y Rubio, *El origen y desarrollo de la novela picaresca (Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1890 á 1891)*: Oviedo, 1890.

Tafur, peleador, goloso, refertero,  
Rennidor, et adevino, susio, et agorero,  
Nescio, perezoso, tal es mi escudero.»

Pero en sus regocijados versos no suena el nombre pícaro, como tampoco en *el Corbacho* de su digno sucesor el Arcipreste de Talavera. En vano escucharemos á los lacayos, rufianes, bravucones, rameras, padres de mancebía, alcahuetas, á toda la cáfila de gente «baja, ruin, dolosa, falta de honra y vergüenza» (3) que bulle en *La Celestina* y sus continuaciones é imitaciones: ni una vez, entre tantos votos y palabras soeces como de continuo caen de sus vinosos labios, se oirá la que acechamos. Del *Asno de oro*, que tradujo al castellano Diego López de Cortegana (4), es la escena de la cueva de los ladrones, de cuyas manos Gil Blas de Santillana logró libertar á la señora secuestrada, y no anda desviado quien encuentra puntos de semejanza entre la obra de Apuleyo y la novela picaresca; pero el traductor no escribe nunca nuestra palabra. Leyendo la *Propaladia*, de Torres Naharro, y la *Recopilación*, de Diego Sánchez de Badajoz, trabamos relaciones con muchos á quienes ahora llamaríamos pícaros; sin embargo, en las dos obras nunca se les da este nombre. Y lo que más extraña: en el *Lazarillo de Tormes* (5), «príncipe y cabeza de la novela picaresca entre nosotros (6),» no se lee la palabra pícaro, ni consta en el Diccionario de Antonio de Nebrija.

¿Será que hasta mediado el siglo XVI no era conocida? Todo induce á creerlo. El libro impreso más antiguo donde la he encontrado es el *Vocabulario* de Jaques de

(3) *Diccionario «de Autoridades»*, primera edición del de la Academia, tomo V (1737), voce pícaro. La misma definición se repite en primer lugar en las ediciones posteriores.

(4) Primera edición, sin fecha ni lugar, 1513, en folio; las posteriores todas han suprimido algunas expresiones demasiado libres.

(5) Primera edición conocida ahora: 1554.

(6) Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos*, II, 518.

Liaño (1565), quien traduce la palabra francesa *belitre* por *pícaro*. Sin embargo, algunos años antes ya se había usado. Se lee en el *Paso quinto*, de Lope de Rueda, que se imprimió en el *Registro de Representantes* después de la muerte del autor, acaecida en 1566. En dicho *Paso* (7), el lacayo Sigüenza, hablando de una mujer, la llama «pil-traca disoluta, pícara, putañona, lendrosilla, putilla, andrajosa.» No parece posible determinar cuándo esto escribió el célebre batihoja; además, hay otro dato que nos ayuda á fijar una fecha algo anterior. En la *Carta del Bachiller de Arcadia al Capitán Salazar*, escrita en 1548 ó poco después, y atribuída, como otras varias obras festivas de su tiempo, á D. Diego Hurtado de Mendoza, leemos: «Cuando el sol muestra su cara de oro, igualmente la muestra á los pícaros de la Corte como á los cortesanos della (8).»

Conviene observar que en 1520 «levantóse Cuenca, y siendo en esta ciudad, y en el reino, persona principal y gran parte Luis Carrillo de Albornoz, señor de Torralba y Beteta, le perdieron el respeto..... y llegó el atrevimiento á tanto, que, yendo por la calle en su mula, un pícaro de la Comunidad se le puso á las ancas, diciéndole: *Anda, Luis Carrillo*, burlando dél, y hubo de pasar por ello, porque el tiempo no daba lugar á otra cosa.» Escribiendo ochenta años después del suceso, lo refiere Fr. Prudencio de Sandoval (9), y en tanto que no sabemos si repite textualmente lo que dijeron los informes dados á raíz del hecho, que no he logrado ver (10), sería aventurado

(7) *Obras de Lope de Rueda*, tomo I, pág. 135 (*Libros raros ó curiosos*, tomo XXIII).

(8) *Libros de antaño*, tomo XII, pág. 309. En cuanto á la fecha, véase el tomo I de los Bibliófilos españoles (*Cartas de Eugenio de Salazar*), pág. 1x y nota 2.

(9) *Primera parte de la vida y hechos del Emperador Carlos V*: Valladolid, Sebastián de Canas, 1604, fol. 157.

(10) *La Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla*, tomo I, pág. 370 (*Memorial histórico español*, 10-

negar que en castellano existiese entonces la palabra. Sólo puedo afirmar que no la encuentro con anterioridad á la *Carta del Bachiller de Arcadia*, ó sea antes del año 1548.

Hasta aquí sabemos, en substancia, que por aquellos años con el nombre *pícaro* se designaba á los que en la escala social ocupaban un puesto muy distante del de los cortesanos, y que este nombre no tenía nada de honorífico. Algo más explícito es Eugenio de Salazar, en una carta que pudo escribir en 1560 (11), colocando á los pícaros entre la gente perdida de la Corte, al lado de los rufianes y los vagabundos, diciendo: «El henchimiento y autoridad de la Corte es cosa muy de ver..... y como no todo el edificio puede ser de buena cantería de piedras crecidas, fuertes y bien labradas, sino que con ellas se ha de mezclar mucho cascajo, guijo y callao, así en esta máquina, entre las buenas piezas del ángulo, hay mucha froga y turronada de bellacos, perdidos, facinorosos, homicidas, ladrones, capeadores, tahures, fulleros, engañadores, embaucadores, aduladores, regatones, falsarios, rufianes, pícaros, vagamundos y otros malhechores tan amigos de hacer mal como lo era Cimon ateniense y es nuestro conocido el beneficiado de no hacer bien.»

Del mismo autor son los siguientes versos, tomados de una *Sátira por símiles y comparaciones contra los abusos de la Corte* (12):

mo XXXV: Madrid, 1897), no dice más que «..... Carrillo..... fué desobedecido é insultado, con gran risa y algazara del pueblo.»

(11) *Cartas de Eugenio de Salazar* (Soc. Biblióf. esp., tomo I), carta 1.<sup>a</sup>, pág. 2. El editor, D. Pascual de Gayangos, dice (página 12): «No tiene fecha la carta, pero de presumir es la escribiese antes del año 1567.» La famosa carta cuarta, *De los catarribas*, tiene fecha de Toledo 15 de Abril de 1560, y revela un conocimiento íntimo de lo que sucedía en la Corte y en Palacio, mientras la carta primera da las impresiones de un recién llegado, por lo cual me atrevo á sospechar que ésta sea anterior á aquélla.

(12) Gallardo, *Ensayo*, tomo IV, col. 382.

«Descubra el otro médico su vena  
Que autoridad de Hipócrates mantenga  
Y gravedad del Príncipe Avicena.  
Y para que este tono se sostenga,  
De un pícaro de Corte se acompaña,  
Que no excusa la mula quien la tenga.»

Esta vez el pícaro presta servicios, bien que humildes y poco remunerados. También los presta, y de muy distinta índole, el pícaro de quien habla D. Diego Hurtado de Mendoza en su *Sátira contra las damas* (13):

«Lenguaje es dellas, que ventaja lleva  
Un cocinero, un pícaro, un lacayo  
En darles gusto, y que mejor aprueba.»

Ya le vemos en casas de cocinero y lacayo; pronto le encontramos en la misma cocina del Rey. En el proceso que por la muerte de Escobedo se siguió en 1578 contra Antonio Pérez, su paje el alférez Antonio Enríquez declaró: «en esta ocasión que estaba malo [Escobedo], este declarante buscó modo con un amigo suyo, pícaro de la cocina del Rey, que tomase amistad con el cocinero del secretario Escobedo, á quien veía cada mañana, y como estaba malo, le hacía olla aparte. Y hallando el dicho pícaro ocasión en que no le vieron, echó en ella un dedal de ciertos polvos..... (14).»

Era este pícaro un tal Juan Rubio, hijo del Gobernador del estado de Melito, en Nápoles, que por la muerte dada á un clérigo de Cuenca se había hecho pícaro en la cocina del Rey para no ser conocido (15). Asombra saber que el severo Felipe II, enterado de que en su cocina se alberga-

(13) *Obras poéticas de D. Diego Hurtado de Mendoza*: Madrid, 1877 (*Libros raros ó curiosos*, tomo XI), pág. 209.

(14) Pidal, *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II*: Madrid, 1862, tomo I, pág. 320 (copiado del proceso de Antonio Pérez, impreso en Madrid en 1788).

(15) Pidal, loc. cit., pág. 323.

ba gente de tal estofa, no encontrara medio de echarles á la calle ó á galeras; consta, sin embargo, con la autoridad irrecusable de Francisco Martínez Motiño, «el que asó la manteca,» cocinero mayor de Felipe III. Dice este autor (16): «Si fuere posible, no tengas pícaros sin partido, y si los tuvieses, procura con el señor que les de algo, ó con el limosnero, porque puedan tener camisas limpias que se mudar; porque no hay cosa más asquerosa que pícaros rotos y sucios. Mas como es una simiente que el Rey don Felipe II, que Dios tiene, con todo su poder no pudo echar esta gente de sus cocinas, aunque mandó añadir mozos de cocina, y otra suerte de mozos de cocina que se llaman galopines, todo porque no hubiese pícaros, y nunca se pudo remediar..... Con todo, me crié yo en una cocina que no tuvo pícaros, como tengo testigos vivos que la conocieron..... Solo esta cocina entiendo que se ha librado desta gente, que fué la cocina de la Serenísima Princesa de Portugal doña Juana. Si ellos dan en ser virtuosos y se aficionan á deprender, en muy poco tiempo toman principio, y estos se hacen oficiales, mas los que son pícaros bellacos nunca son cocineros, antes dan en otras cosas muy malas. Esto se entiende en las cocinas de los grandes señores, que en las cocinas chicas más fáciles son de gobernar y tener limpias.»

Mientras el pícaro se refocila en casa de los pudientes, y el Pelegrino Curioso le encuentra en Lisboa (17), el Dic-

(16) *Arte de cocina, pastelería, vizcochería y conserjería. Compuesta por Francisco Martínez Motiño, cocinero mayor del Rey nuestro señor*: Madrid, Luis Sánchez, 1611, fol. 4. Al fol. 263 principia un capítulo: «Cómo se puede asar una pella de manteca de vacas en el asador.»

(17) *El pelegrino curioso y grandezas de España, por Bartholomé de Villalba y Estaña, Donzel vecino de Xérica*, tomo II (Soc. Biblióf. esp., tomo XXIII), pág. 58: «Dabale mucho gusto el ver á la orilla del río tanta chusma de gente, tanto concurso de pícaros, bribones, negros, negras desnudas, con unas faldetillas y mil andrajos, ir cargadas con unos tinajones de agua en que cabrán como unos cuatro cántaros, la cual se toma de unas fuentes

cionario de Nebrija sigue negando la entrada al nombre. En cambio, Cristóbal de las Casas, con muchas palabras más ó menos fisiológicas que la mayoría de los diccionarios suele omitir, la acoge en su *Vocabulario* (18), equiparándole á bergante y traduciendo por «mascalzone, patarino.» Falta la palabra en el *Diccionario* de Percivale (1591); en la segunda edición (1599) va señalada como añadida, y se la traduce..... pero esto es cuenta aparte.

Porque en este mismo año salió la primera parte del *Guzmán de Alfarache*, libro que la hizo para siempre famosa, y desde entonces hay que buscar su definición en esta obra, mientras no parece otra más antigua que dé la descripción cumplida del pícaro.

Pues bien: el cap. II del libro segundo tiene por sobrescrito: «Cómo Guzmán de Alfarache, dejando al ventero, se fué á Madrid y llegó hecho pícaro.» Allí leemos: «Como el pedir me valía tan poco y lo compraba tan caro, tanto me acobardé, que propuse no pedirlo, por extremo en que me viese: fuíme valiendo del vestidillo que llevaba puesto, comencélo á desencuadernar, malogrando de una en otra prenda, unas vendidas, otras enajenadas y otras por empeño hasta la vuelta; de manera que cuando llegué á Madrid entré hecho un gentil galeote, bien á la ligera, en calzas y en camisa; eso muy sucio, roto y viejo, porque para el gasto todo fué menester. Viéndome tan despedazado, aunque procuré buscar á quien servir, acreditándome con buenas palabras, ninguno se aseguraba de mis obras malas, ni quería meterme dentro de casa en su servicio, porque estaba muy asqueroso y desmantelado (19).»

que allí hay con gran regla y concierto.» El libro se concluyó en 1577.

(18) *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana de Christoval de las Casas*: Sevilla, 1570.

Todos los diccionarios que cito están prolijamente descritos por Viñaza. Me he valido siempre de las ediciones originales, excepto cuando apunto lo contrario.

(19) *Guzmán de Alfarache* (tomo III de la *Bibl. Aut. esp.*), pá-

Con esta cita queda establecido lo que importaba. Guzmán llegó hecho pícaro, y la descripción de cómo llegó se resume en las palabras *despedazado, asqueroso y desmantelado*. De idéntico modo Cristóbal de Fonseca habla del «pícaro de las bodas, que se había entrado roto y desarrapado á donde nadie podía entrar sin vestidura de boda,» y del hijo pródigo, que «cuando volvió á la casa de su padre, venía hecho un picarón negro, cubierto de andrajos, flaco, maganto, asqueroso (20).» Por igual estilo se expresa otro autor, voto indiscutible en este asunto, puesto que por confesión suya sabemos que, si no paró en galeras como Guzmán, le sobaban méritos para ir á escribir en el mar con la pluma de seis varas, en vez de retirarse á Zamora y manejar la de escribano. Dice Agustín de Rojas Villandrando: «Llegamos al fin de nuestra jornada, Solano en cuerpo y sin ropilla, que la había dejado empeñada en una venta, y yo en piernas y sin camisa, con un sombrero grande de paja, con mucha ventanería y vuelta la copa á la falda, unos calzones sucios de lienzo y un coletillo muy roto y acuchillado. Viéndome tan pícaro, determiné servir á un pastelero (21).» Alonso de Villegas reprende á los ricos «que ayunan toda la vida y andan hechos pícaros por no gastar (22).» La pícara Justina da la siguiente descripción de un individuo á quien después llama pícaro: «Encontróme un soldadillo leonés, donosa figura, traía un alpargate y calza de lienzo, un gregüesco de sarga, ó por

gina 219, col. b. Siento tener que valerme, por estar más á mano, de una edición tan mala. ¿Cuándo tendremos ediciones críticas y definitivas de la admirable serie de novelas picarescas? Hasta ahora no existe tal edición de ninguna obra más ó menos remotamente picaresca, entre ellas las *Novelas ejemplares* de Cervantes.

(20) *Segunda parte de la vida de Cristo*: Lisboa, 1602; folio 123; 203.

(21) *Viaje entretenido*: Madrid, Juan Flamenco, 1603, páginas 96-97.

(22) *Vida y triunfo de Cristo* (sexta parte del *Flos Sanctorum*): Madrid, Luis Sánchez, 1603, fol. 356, col. 4.

mejor decir arjado de puro roto y descosido, una ropilla fraileña, que de puro manida parecía de papel de estraza, un sombrero tan alicaído como pollo mojado, una capa española, aunque según era vieja y mala, más parecía de la provincia de la Picardía, un cuello más lacio que hoja de rábano trasnochado, y más sucio que paño de colar tinta, una espada del cornadillo en una vaina de orillos (23).» Ya entonces había escrito Cervantes «qui nil molitur inepte,» de dos pícaros cuya buena crianza dejó admirada á la ventera que les había estado oyendo, «ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa no la tenían, los calzones eran de lienzo y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates tan traídos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas que de zapatos. Traía el uno montera verde, el otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda; á la espalda, y ceñida por los pechos, traía uno una camisa de color de gamuza, encerrada y recogida toda en una manga; el otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, á lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valonas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas (24).» Acertado, pues, anduvo Covarrubias al definir en su *Tesoro de la lengua castellana* (1611): «pícaro, *vide supra picaño.....*» «picaño, el andrajoso y despedazado.»

Ocioso parece acumular mayor número de citas en comprobación de lo dicho. Más valdría reproducir aquí unas láminas donde se retrata al pícaro. En el curiosísimo grabado que llevan al frente contados ejemplares de *La pícaro Justina* (25), se ve á Lazarillo de Tormes y á Guzmán de

(23) *La pícaro Justina*: Medina del Campo, 1605, parte segunda, pág. 131.

(24) *Obras completas*: Madrid, 1863-64, tomo VII, pág. 145 (*Rinconete y Cortadillo*).

(25) Medina del Campo, 1605 (primera edición).

Alfarache, los dos rotulados con su nombre, y los dos cubiertos, digamos así, con andrajoso sayo por única vestidura. Bien es verdad que el grabador pudo inspirarse en la lectura del *Guzmán*, cosa que no se puede sospechar del alemán Jorge Hufnagel, quien repetidas veces delineó las almadrabas de Zahara, «donde es el *finibusterre* de la picaresca (26).» Allí vemos á muchos «despedazados, asquerosos y desmantelados» tirando de la jábega, «que es oficio de pícaros (27),» oficio que, «finalmente,» después de haber pedido limosna, quitado capas, destruído las viñas, asolado las huertas, por más de dos meses ejerció Agustín de Rojas (28). Andrajos visten también los desdichados de quienes se trata en la curiosa descripción que transcribo: «Quando triremibus, quae quotannis in Indiam vel ad qualescunque Regis usus adornantur, remiges desunt, arte et eleganti dexteritate hoc hominum genus conquiritur, abiectae, sordis, vilisque conditionis, vagabundi ac validi, qui ultroniae, sed tamen annuae servituti seipsos mancipant. Prodit in publicum deputatus ad hoc, quem vocant Alquasil de Corte, in erecto tentorio, ad mensam tapeto decenter stratam residet, in qua tria quibus inescatur et facile capitur hoc hominum genus, adornata sunt fercula, aurea et argentea pecunia, aleae et lusoriae chartae. Fortunae et libertatis praemium proponitur, quatuor ducati, vel eorum valor Julii, sive reales quadraginta quatuor. Accedunt bini et bini, chartas vel aleas, prout placuerit et inter eos conventum fuerit, eligunt adsidente supradicto Alquasillo ludunt, victor praesenti pecunia et libertate donatur, victus statim ad triremes et annuam servitu-

(26) Cervantes, *Ilustre fregona* (*Obras*, VIII, 2).

(27) Rosal, *Origen y etimología de todos los vocablos originales de la lengua castellana* (Ms. Bibl. Nac., T-127), pág. 585. La pícaro Justina llámase á sí misma «moza de la jábega, (parte segunda, pág. 67). Ya en 1543 habló Florián do Campo de «gente de la jábega» (*Los cuatro libros primeros de la Crónica general de España*: Zamora, 1543, fol. 11).

(28) *Viaje entretenido*, pág. 149.

tem abducitur. Ita remiges cum lusu acquiruntur et gaudio (29).»

La necesidad tiene cara de hereje, y antes de venir á tales extremos el pícaro se valía de su ingenio para vivir. «Pobreza y picardía salieron de una [misma cantera, sino que la picardía tuvo dicha de caer en algunas buenas manos que la han pulido y puesto en más frontispicios que rótulos de comedias (30)». «El menos diestro sacara tres pelotas de una alcuza (31),» y bien pronto la palabra pícaro

(29) Son las láminas núms. 1. 5 y 7 que, al final de la *Historia del saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596, escrita por Fr. Pedro de Abreu* (Cádiz, 1866, con prólogo de D. Alfonso de Castro), se reproducen tomadas de Georgius Braun, *Civitates orbis terrarum*, tomo V. Llevan fecha de 1564 y van firmadas: «Depingebat Georg. Houfnaglius.» La reproducción núm. 7 tiene tamaño cuatro veces mayor que el original y omite el rótulo «qui si juega, fu la galera.»

(30) *Justina*, pág. 10.

(31) *La vida del pícaro*, poema curiosísimo, del cual Salvá (*Catálogo*, núm. 1.861) vió la siguiente edición: «*La vida del pícaro compuesta por gallardo estilo en tercia rima, por el dichosísimo y bienafortunado Capitán Longares de Angulo, Regidor perpetuo de la hermandad picaril en la ciudad de Mira, de la Prouincia del Ocio: sacada á la luz por el mismo Autor, á petición de los cortesanos de dicha ciudad. Van al fin las Ordenanzas picariles por el mesmo Autor.* (Siguen tres figuritas.) *Valencia, junto al molino de la Rouella, 1601: 8.º, ocho hojas.*» Esta edición es de extremada rareza, puesto que nadie da más noticias de ella. Tiene sumo interés por las «infinitas é importantes variaciones,» y, sobre todo, por las *Ordenanzas picariles*, «que son en prosa,» probablemente por el estilo de las *Ordenanzas mendicativas* del *Guzmán*, y que acaso darían al traste con mucho de lo que voy exponiendo. El *Ensayo* de Gallardo (tomo I, col. 886, núm. 800) coloca entre los libros anónimos un opúsculo del «dichosísimo y bienaventurado Capitán llamado Longares de Sentlom y de Gorgas,» impreso en 1616.

Tres veces, que yo sepa, se ha vuelto á imprimir *La vida del pícaro*: al final de la edición del *Lazarillo* (París, 1827), hecha por Ferrer del Río, quien atribuye el poema á Mendoza; al final del *Lazarillo* (Madrid, Abril de 1831), sin tal atribución, pero calcada la *Vida* á la letra sobre la versión de Ferrer; y en las *Rimas de*

vino á equivaler á «astuto, taimado, y que con arte y disimulación logra lo que desea (32),» confundiéndose con el significado original, según ya se nota en el *Guzmán*. Así se acogía á la cocina del hospital y de los conventos (33), donde tenía al mediodía la comida segura, sin pagar cocinero ni despensero, ni enviar por carbón mojado á la tienda (34); pero había de andar muy concertado relojero, que faltando á la hora prescribía (35). Y como nunca pudieron ser amigos el hambre y la vergüenza, la sacudía del dedo cual si fuera víbora que le hubiera picado. Juntándose con otros torzuelos de su tamaño, diestros en la presa, aprendía á jugar á la taba, al palmo y al hoyuelo; de allí subía á medianos, sabiendo el quince y la treinta y una, quínolas y primera, y brevemente salía con sus estudios y pasaba á mayores, volviéndolos boca arriba con topa y hago (36). De uno en otro escalón salía muy gentil oficial de la carda, y haciéndose camarada con los maestros, se daba tal maña en los estudios, que salía sacre. Ninguno entendía como él la cicatería; llegaba á ser muy

*Pedro Liñán de Riaza* (Zaragoza, 1876), sin constar las razones que le indujeron al editor á suponer fuese de Liñán (quien, habiendo muerto antes de 1609, es más que dudoso sea «el capitán Longares,») y con centenares de variantes que unas veces aclaran y otras hacen más obscuro el sentido del poema, de suyo harto difícil de entender, hasta tal grado, que para hacer un comentario crítico se necesitaría el conocimiento íntimo y poco común del lenguaje popular y de las costumbres en 1600. Aguardemos que parezca un ejemplar de la edición de Valencia, 1601, y que se haga un estudio detenido de este opúsculo, que, por pequeño que sea, vale más que muchas obras que se han reimpresso en lujosas ediciones. Entre tanto, cito por la edición de Zaragoza, por estar más á mano.

(32) Dic. «de Autoridades,» y posteriores.

(33) Mateo Luján, segunda parte del *Guzmán*, pág. 407 b.—Navarrete, *Conservación de monarquías*: Madrid, Imprenta Real, 1626, pág. 68 a.

(34) *Guzmán*, pág. 223 a.

(35) *Guzmán*, pág. 220 a.

(36) *Guzmán*, págs. 219 b, 220 a.